La planificación educativa para Iberoamérica: Utopismo y Realismo

Introducción

El concepto de desarrollo ha sido utilizado en la economía y educación bajo diferentes signos ideológicos y en connotaciones diversas de planificación. Sin embargo, la característica más importante que ha identificado la educación como instrumento o proceso para el desarrollo ha sido su función productora de profesionales y técnicos en relación con las demandas socio-económicas del país. A esta orientación productora se le ha venido llamando, a nuestro modo de ver erróneamente, sistema de «recursos humanos», convirtiendo a la educación en una institución formal, prácticamente referida a la capacitación inmediata de habilidades y destrezas cognoscitivas, bajo la percepción del hombre como agente de producción y olvidando a éste en su papel social, cultural y cívico.

En este sentido, la educación ha dejado de ser un proceso permanente que dura a lo largo de la vida del hombre y se ha transformado en un sistema de acreditación de conocimientos, promoviendo en la sociedad valores y actitudes meramente titulistas y competitivas que hacen de sus miembros buscadores de prestigio a través de un título o certificado y no auténticos buscadores de conocimientos y generadores de los mismos, más allá de la escuela y universidades.

Por otra parte, la teoría económica del desarrollo ha degenerado en un «desarrollismo» caracterizado por cumplir metas expansionistas de índices económicos en el menor tiempo posible, sin analizar las consecuencias de estos cambios en la condición humana. En el desarrollismo se da más valor a la producción de bienes que a los creadores y usuarios de los mismos, bajo la premisa de los beneficios indirectos de la producción en la sociedad.

Este proceso de desarrollo se recoge en las teorías y prácticas de la planificación, la cual trata de reflejar cambios previsibles a través de la combinación de la realidad con las medidas que se estiman adecuadas para los cambios. La planificacion, así concebida, determina un divorcio con el pensamiento utópico y la transforma en una técnica de programación predictiva.

El dilema de utopía y realidad constituye en el presente la representación epistemológica entre lo deseable y lo posible, entre un mundo que no existe y un orden establecido del momento, entre lo optimista y lo pesimista, entre la planificación del futuro y la planificación del presente. Utopía y realidad son términos que permanentemente se utilizan para asociar, a mi juicio erróneamente, el idealismo y el pragmatismo como modos de vida incompatibles. Mayor aún, es el arraigado pensamiento en nuestra sociedad contemporánea, signada por la motivación del lucro, de que la utopía es una expresión contemplativa, imaginaria e improductiva.

Sin entrar en la discusión filosófica que caracteriza el pensamiento utópico y antiutópico desde comienzos del siglo XVI con Moro hasta nuestros días, estudio analítico recientemente elaborado (Monclús, 1981), se hace imprescindible al relacionar utopía con aprendizaje, establecer una definición operacional del concepto. Etimológicamente, proveniente del griego *ou* no y *topos* lugar, es decir, lugar o mundo que no existe, no conlleva imprescindiblemente que dicho mundo no pudiera existir y es precisamente con la *Utopía* de Moro que el concepto adquiere un significado de plan o doctrina deseable, pero irrealizable en el orden establecido del presente.

La evolución de la utopía revela dos posiciones claramente definidas. La primera referida a la simple expresión falanstérica que parte de la irrealidad para construir una realidad imaginaria u otra irrealidad y la segunda, que establece como punto de partida *la realidad actual* para representar sobre otra realidad posible adherida al futuro, un mundo diferente y mejor. Esta segunda posición utópica es la que concebimos como parte de cualquier estrategia de planificación social futura.

Nuestra tesis lucha, como denomina Monclús (1981) contra el «anticlímax» de la teoría de la planificación contemporánea.

Planificación y crecimiento natural

Este «anticlímax» se percibe de forma constante en la literatura sobre planificación social, económica y educativa. Las metas diseñadas por los planificadores en la mayoría de los casos, en nada se diferencian de las metas intrínsecas en el crecimiento natural e irreversible de cualquier sociedad. Se parte de una *realidad* presente para diseñar o más bien *organizar* estrategias para alcanzar una realidad previsible, frecuentemente producto de un simple crecimiento o desarrollo económico según la teoría de Robert L. Heilbroner. En este sentido, el concepto de «desarrollo» se orienta a producir «un punto de despegue» en que la riqueza, entendida como la productividad más el crédito, excede el consumo interno; de ahí el esfuerzo por el crecimiento del Producto Nacional Bruto (PNB). Generalmente, para obtener este punto de arranque, se aumentan la producción agrícola y la industrialización, acompañadas de nuevas instituciones que ordenan las actividades de una supuesta economía en expansión. Esto trae como consiguiente que el sistema desarrollista genere intrínsecamente una expansión de su proceso educativo formal para el entrenamiento de mano de obra o recursos humanos, la constitución de una clase profesional y el logro del fenómeno «modernista».

Este modelo planificador, meramente expansionista, característico de la sociedad actual, tanto en los países capitalistas como socialistas, potencian el «anticlímax» de la planificación, convirtiendo a ésta en una simple actividad de predicción, organización sistémica y supeditación del desarrollo humano deseable al desarrollo económico previsible. Es decir, que la planificación se orienta a identificar metas más que a crearlas, a continuar una realidad más que a transformarla, a parear necesidades con recursos más que expectaciones con recursos.

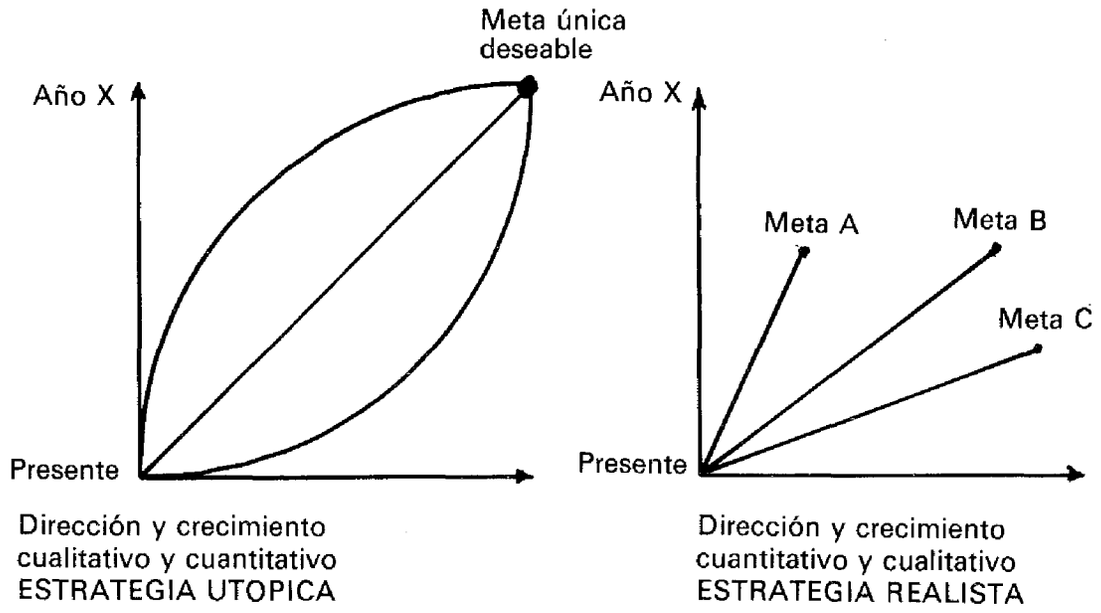
A esta planificación la denominamos «realista» porque conjuga realidad con realidad, suma y distribuye recursos, y parte de un «horizonte» preestablecido posible.

Esta es la planificación moderna carente de imaginación creadora, indispuesta para cambiar el curso o dirección de la sociedad, reducida a una técnica de programación. Se juzga, pero no se piensa. Juzgar no es más que atribuir a los objetos sus maneras lógicas de ser, hecho característico del plan racional contemporáneo. Sin embargo, se requiere algo más que el simple análisis de las cosas para distinguir la relación en que se encuentran y proyectan al futuro.

La concepción de la planificación «utópica» como «clímax» de pensamiento, amplía el juicio al discurso, al raciocinio, a la reflexión, a la imaginación, a la idealización, al sueño, a la idea como primer eslabón de las revoluciones humanas, la heredera histórica y social de la fuerza.

La figura 1 expresa gráficamente ambas estrategias. La de la derecha representa el modelo planificador realista en donde se perciben diferentes metas de desarrollo, a las cuales se llega mediante la conjunción de recursos disponibles y ampliación de la capacidad de absorción de dichos recursos.

FIGURA 1



En este modelo la predicción y la regresión son los procedimientos más utilizados y en ningún momento existe integración de resultados hacia una sola meta. De ahí la constante variabilidad en los productos del desarrollo. Lo mismo puede suceder que exista inflación como revalorización. El control de sistemas se reajusta diariamente y la visión a largo plazo no existe. El mayor peligro de esta estrategia de planificación reside en que al desconocer la dirección futurista del cambio, los procesos que se creen positivos pueden ser o convertirse en verdugos del mismo desarrollo. El ejemplo más claro lo tenemos en la falta de previsión del mantenimiento ecológico, del cual nos hemos dado cuenta una vez que se ha percibido el daño.

La estrategia de la figura de la izquierda es el modelo que proponemos y que denominamos planificación utópica o planificación de alternativas convergentes a un

solo parámetro. Aquí la meta a alcanzar es solamente una, lo único que cambia son las vías para dirigirse hacia la meta. Dependiendo de los recursos disponibles se planifica la marcha hacia esta utopía deseable. La marcha puede ser lenta en su comienzo, rápida o equilibrada, con muchos o pocos obstáculos, pero sin perder la perspectiva del perfil deseable de la sociedad futura.

En la planificación utópica se combina lo deseable con lo posible y no lo posible con la realidad. Siempre la meta a alcanzar tiene que ser deseable, quizá imposible en el juicio de hoy, pero posible en el mañana. Esta metodología de planificación se organiza al revés. Se parte de la meta utópica para llegar a la realidad presente. La dirección de la sociedad se orienta al logro de la utopía y aun cuando ésta no se alcance, la dirección se mantiene en la línea deseable establecida. Estrategia ideológica muy diferente al concepto de «desarrollo», el cual organiza únicamente líneas de dirección a corto plazo, sin rumbo en el tiempo de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos. Es incapaz de perfilar al hombre del futuro y condiciona a éste a la esclavitud de sus propias creaciones. Modelo el «desarrollista» lleno de contradicciones por falta de dirección a largo plazo, impotente para mantener el equilibrio ecológico, base para la sobrevivencia de la especie humana. Una prueba contundente del fracaso de la planificación «realista» ha sido la creación de más problemas que soluciones en el campo educativo. He aquí algunos de ellos:

1. Se establece en el modelo que un desarrollo de la economía (primario, secundario y terciario) requiere unos recursos humanos calificados y se señala que el sistema formal es el adecuado para satisfacer esas necesidades. Como contradicción se observa la disminución de calidad en la educación, reforzada por la gran demanda social que presupone que a «mayor educación, mayor posibilidad de trabajo». Pero el sistema promueve, no la educación, sino la titulación o diplomatocracia, con lo que el sujeto se motiva a través de la adquisición de un título, diploma o certificado, y deja a un lado la búsqueda de conocimientos que es la auténtica motivación de calidad educativa. Así se buscan más los diplomas que los aprendizajes.

2. El modelo «realista» enfatiza la formación de recursos humanos para satisfacer la economía y nunca existió mayor número de profesionales sin empleo que en la sociedad actual, esto sin contar los profesionales que ejercen trabajos para los cuales no fueron entrenados. Igualmente ocurre en el modelo de «desarrollismo» no capitalista en donde la preparación profesional no está en función del hombre, sino del aparato productivo perpetuador de la organización social de dominio y en donde la meta es aumentar la producción y no modificar las relaciones sociales de dicha producción. La única diferencia en ambos tipos de organización social y política estriba en eficiencia y en burocracia. El sistema capitalista es más ineficiente en absorber el capital humano, pero más selectivo en los puestos de trabajo, mientras que el sistema comunista es empleador del excedente profesional y, por tanto, generador de burocracia.

3. El modelo de planificación «realista» ya sea a nivel institucional o nacional, parte de unas necesidades presentes y organiza todo un sistema estratégico para satisfacer dichas necesidades. A esto se le denomina plan a corto o mediano plazo. Sin embargo, si tomamos en cuenta que el sistema formal requiere de un mínimo de

dieciocho años para obtener un producto, observaremos que al final del ciclo educativo formal hemos preparado al hombre nuevo con necesidades y objetivos viejos, con dos décadas de retraso. Cuando un conjunto de planificaciones se reúnen para diseñar un programa de formación de maestros, por ejemplo, se basan en las tendencias actuales, en las premisas de lo que requiere ser un maestro hoy día, pero nadie se atreve a pensar en que el nuevo modelo curricular debe estar constituido para formar el maestro del quinquenio siguiente, especialmente cuando atravesamos un mundo invadido de nuevos conocimientos, con una gran movilidad de población y especialmente en los países más pobres, con un incremento de población alucinante. Luis M. Peñalver (1975) comparaba la educación con la siembra y la recolección del fruto. Se requiere un proceso no sólo en el tiempo, sino en el tipo de semilla, tierra, tratamiento y maduración para recoger el grano y dependiendo de la siembra y de los procesos intervinientes durante la gestación, dependerá también de la calidad de nuestro esfuerzo.

Estos tres problemas, producto del «desarrollismo», son apenas facetas aisladas de un problema mayor. El mundo no sabe hacia dónde se dirige y cada día su control se escapa de la mano del hombre o más bien, el hombre en su enfermizo egoísmo de sustituir al presente, lo deja escapar de su control. La única esperanza está en planificar la utopía y dirigirse hacia ella con obsesión.

La planificación utópica es una actividad permanente de la sociedad, dado que la utopía se modifica cuando se consigue. Más bien, cuando estamos a punto de alcanzarla, visualizamos que nuestra utopía se transformó en una realidad y que existe una nueva utopía.

La elaboración de planes a corto, mediano y largo plazo, se diseñan dentro del plan utópico maestro, con una coherencia tal, que aún los planes de emergencia o de acción inmediata tienen que ser coherentes con la dirección del cambio deseable. De ahí que la planificación utópica parte del análisis ideológico y establece una doctrina centrada en el desarrollo del hombre y enmarcada en los límites de su perfectibilidad.

En esta perspectiva, hablar de «desarrollo» es referirse a un desarrollo integral y armónico que ofrezca el marco de condiciones necesarias para la promoción de la creatividad del hombre y establezca la base de la sustentación que requiere la realización misma de la idea de democracia. En esta línea de pensamiento, el hombre se convierte en el centro de toda planificación de un sistema en democracia que busque transformar radicalmente las estructuras sociales y educativas existentes. Los cimientos de la democracia perfectible, en su sentido utópico, podrán adquirir la firmeza que su misma naturaleza requiere, en la medida que la educación cumpla con una finalidad que representa el ideal más acabado que desde el punto de vista formativo puede perseguir: formar hombres críticamente conscientes y responsables, tanto de sí mismos como de la realidad física y social que los rodea, a fin de que puedan actuar cooperativamente en la construcción de su propio futuro. Ello implica evidentemente, un sistema educativo en donde las políticas o principios fundamentales constituyan el puente entre el plan maestro y los planes operativos, entre la utopía y la realidad, entre la ideología y la praxis.

Aprendices del año 2000

El tiempo está reduciendo sus parámetros en función de la velocidad de generación de tecnología. En el siglo XV viajar durante tres meses entre dos continentes era considerado muy poco tiempo. Hoy, ocho horas de avión en la misma distancia nos parece un largo viaje. El tiempo es una variable que relaciona al hombre con su naturaleza y con su tiempo de vida. Estudios antropológicos señalan como en las sociedades primitivas, siendo la expectación de vida la mitad menor que la del hombre occidental contemporáneo, el tiempo transcurre más lento, con una velocidad doblemente inferior que la de un ciudadano urbano. Señalo este hecho, porque al hablar del siglo XXI pudiera parecer que nos referimos a un punto lejano y, sin embargo, apenas quedan dieciséis años, el mismo tiempo que el sistema actual requiere para formar un nuevo profesional.

En el año 2000 si únicamente nos referimos a la educación formal, las necesidades de aprendizaje no sólo serán mayores en diversidad, sino en cantidad. La Tabla 1 nos permite visualizar el número de aprendices en los comienzos del siglo XXI. El crecimiento de la población mundial en los últimos cincuenta años, reforzado por la ampliación de la esperanza de vida, alcanzará cifras sin precedentes. Se necesitaron

TABLA I

Relación de aprendices entre 1550 y el siglo XXI
(En millones)

Area geográfica	1950		1975		2000	
	N	%	N	%	N	%
Africa	*219*	8,7	*406*	10,1	*828*	13,4
América	*330*	13,1	*559*	13,9	*897*	14,5
América Latina	164	6,5	323	8,0	608	9,8
Norteamérica	166	6,6	236	5,9	289	4,7
Asia	*1.379*	54,9	*2.318*	57,4	*3.612*	58,2
Este de Asia	673	26,8	1.063	26,3	1.406	22,7
Sur de Asia	706	28,1	1.255	31,1	2.206	35,5
Europa	*572*	22,8	*728*	18,1	*832*	13,4
Oceanía	*13*	0,5	*22*	0,5	*30*	0,5
TOTAL DEL MUNDO	*2.513*	100,0	*4.033*	100,0	*6.199*	100,0
Países más desarrollados	832	33,1	1.093	27,1	1.272	20,5
Países menos desarrollados	1.681	66,9	2.940	72,9	4.927	79,5

Fuente: Cálculos propios según Estudio de Necesidades de las Naciones Unidas (1978).

alrededor de cinco millones de años, hasta 1800, para que la población mundial llegara a mil millones de seres. Para 1930, es decir, en apenas 130 años, la población creció a dos mil millones y para 1960 se había llegado a los tres mil millones. En 1975 habíamos sobrepasado los cuatro mil millones y para el año 2000 alcanzaremos los seis mil millones de seres humanos. En ese mismo año, los países denominados no desarrollados o tercermundistas, poseerán el 80 por 100 de la población mundial con casi cinco mil millones de aprendices totales.

América Latina habrá duplicado, en apenas veinticinco años, su población, alcanzando aproximadamente 608 millones. Esta explosión de aprendices tiene que ser encarada desde ahora. Cuando apenas resulta imposible atender la mitad de la población actual en el modelo desarrollista, que será cuando en sólo dieciocho o diecinueve años se duplique la demanda y el sistema se vea impotente de satisfacerla. Las Tablas II y III reflejan las tendencias de la población escolar en el mundo. Los países más industrializados o menos pobres, tendrán una población escolar para el año 2000 menor a la que tienen en 1981, mientras que los demás aumentarán su población escolar en más de un 80 por 100 y en donde América Latina tendrá un incremento relativo del 84 por 100 y un incremento natural de matrícula del 132 por 100. Estas cifras pueden aumentar si los programas de salud ejercen mayor eficacia contra las enfermedades infantiles. El hecho se agrava aún más, si se considera que esta explosión demográfica mundial ampliará la población infantil y juvenil a cifras que invertirán la proporción alumno-maestro. Será imposible, con la tendencia de crecimiento actual

TABLA II

Tendencias de la población en edad escolar

(En millones)

Area económicosocial	1960	1980	2000
Total en el mundo (6-23)	*1.069,5*	*1.660,4*	*2.152,2*
Edad: 6-11	424,4	599,8	773,8
Edad: 12-17	340,3	556,1	724,4
Edad: 18-23	504,5	304,8	654,0
Países menos pobres (desarrollados) (6-23)	*286,5*	*331,2*	*321,9*
Edad: 6-11	107,8	104,8	109,4
Edad: 12-17	91,1	110,8	108,9
Edad: 18-23	87,6	115,6	103,6
Países más pobres (en desarrollo) (6-23)	*783,0*	*1.329,2*	*1.830,3*
Edad: 6-11	316,6	495,0	664,4
Edad: 12-17	249,2	445,3	615,5
Edad: 18-23	217,2	388,9	550,4

Fuente: Cálculos propios según Estudio de Necesidades de las Naciones Unidas (1978).

TABLA III

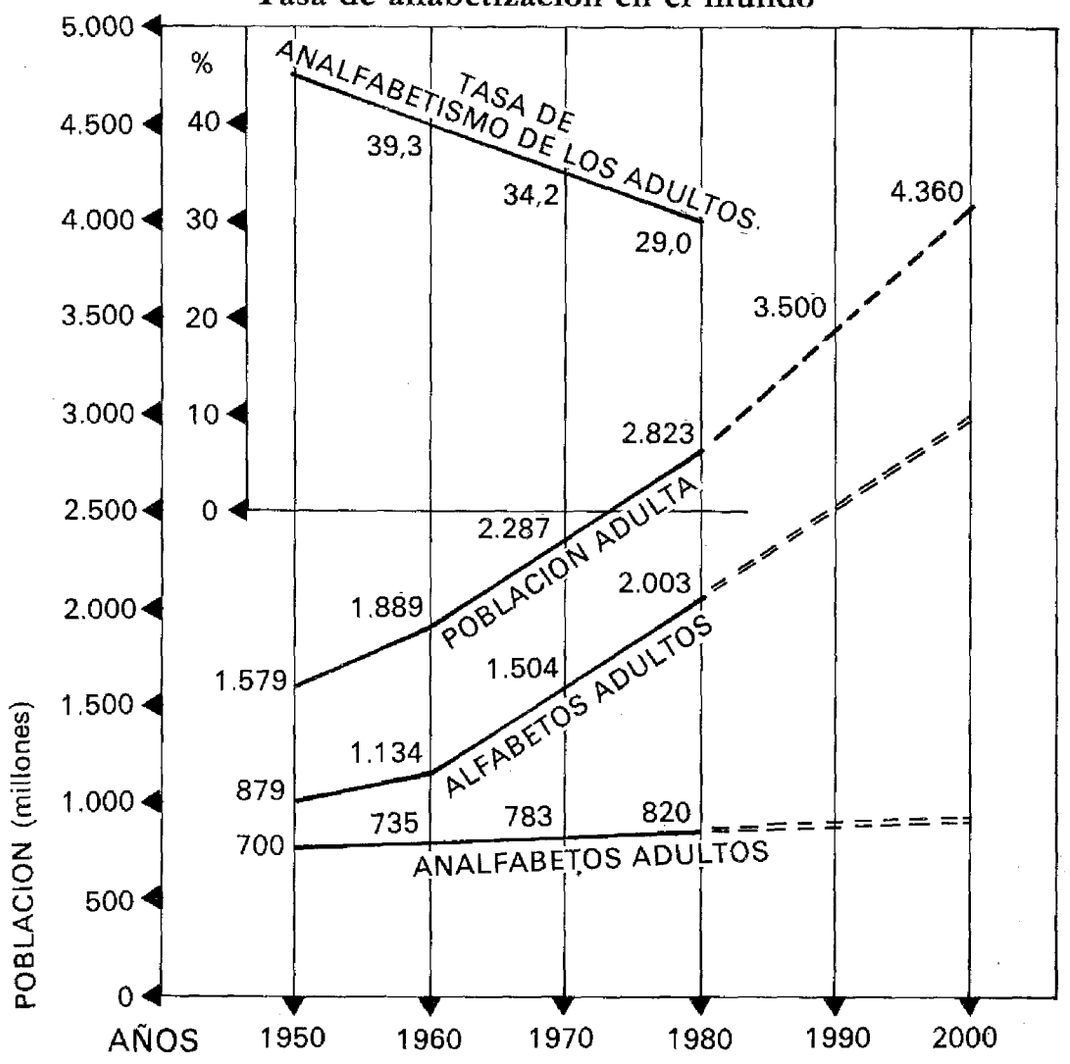
Incremento estimado de la población y matricula escolar en América Latina en el último cuarto de siglo XX (1975-2000) expresado en porcentaje

Grupo de edad escolar	Increm. relativo de población (1975-2000)	Increm. relativo de matrícula (1975-2000)
Total (6-23)	*83,6*	*132,3*
6-11	76,3	111,4
12-17	84,4	133,0
18-23	93,0	246,3

Fuente: UNESCO-Educación Cuantitativa y Proyecciones, 1979.

FIGURA 2

Tasa de alfabetización en el mundo



Fuente: Proyecciones del autor, según reporte de UNESCO y datos de la obra *Aprender a ser.*

de formación docente, atender con el sistema convencional una población de 600 millones, de los cuales, más de un 60 por 100 tendrán menos de veinticinco años de edad. Se estima que ningún país del Tercer Mundo logrará tener cubierta la población de educación primaria para finales de siglo y que el número de analfabetos será mayor al de 1980. La tasa de alfabetización, a pesar de los esfuerzos realizados, queda patente en la figura 2 (Faure y otros, 1973), al observar que de 820 millones de analfabetos en el mundo, llegaremos a los mil millones en el año 2000, permitiendo que un cuarto de la población mundial quede sin acceso al más elemental aprendizaje formal como son la lectura y la escritura.

Aprendizajes del siglo XXI

Sería injusto sugerir que no se ha hecho ningún progreso en los últimos veinticinco años para mejorar y extender la escolarización alrededor del mundo. Pero si miramos al impacto cuantitativo y cualitativo de este esfuerzo, la escolarización ha fallado en satisfacer las demandas reales, ni que decir de las demandas utópicas.

En este sentido, Carnoy (1974) sostiene que la capacidad cognitiva está muy correlacionada con una clase social determinada y tanto la clase social como la cantidad de instrucción que recibe un sujeto explican más los ingresos del futuro que la misma capacidad cognitiva. Es decir, las demandas del conocimiento dimanan de la jerarquía social y no del conocimiento en sí. La escolarización se organiza para mantener la estructura jerárquica del desarrollismo y de ahí resulta que la prioridad de aprendizaje sea enseñar a los niños a competir por un número limitado de puestos de trabajo en el tope de la pirámide industrial y no al trabajo conjunto para mejorar su condición colectiva. Esto, a su vez, se ve reforzado por una selección de conocimientos que no responde ni a la misión social de la escuela, ni a la discriminación de la ciencia y la tecnología. Así se da, por ejemplo, la categoría de tecnológico a los avances de la física en la conquista del espacio, pero no a la organización y desarrollo de un centro de salud. En esta línea de pensamiento, Bowles y Gintis (1973) expresan que los aspectos más relevantes que aprenden los alumnos acerca de los papeles futuros a desempeñar en la sociedad, son las habilidades comportamentales o no cognitivas asociadas con la clase social y reforzadas diferencialmente por los diferentes tipos de escuelas y entre los estudiantes de la misma escuela.

Por tanto, se podrá señalar que la escolarización ha sido una estrategia insuficiente, tanto en cantidad como contenido; (a) se atiende una parte de la población escolarizable; (b) el nivel de retención, especialmente en América Latina, es tan bajo, que se estima que de cada 1.000 niños que entran al sistema formal, sólo cinco terminan la pirámide educativa; y (c) el contenido no refleja los avances del conocimiento, ni las actitudes de transformación social que debe tener el hombre. Los procesos actuales se orientan hacia la perpetuación y reproducción de las estructuras sociales existentes y no como instrumentos de mejoramiento de sistemas de valores individuales y sociales y creación de conocimientos que permitan al hombre el dominio de su hábitat y de las decisiones que afectan el futuro de su existencia. En

definitiva, el sistema desarrollista le ha dado a la institución educativa la única función de formar recursos para el aparato productivo y no el papel de mejoramiento global del hombre como ente bio-psico-socio-cultural. El auténtico eje del desarrollo, el hombre, ha sido cambiado por una de sus creaciones, la producción de objetos.

A este segundo problema que confronta la educación de nuestros días, se le puede agregar su falta de adaptación al sistema de generación de ciencia y tecnología. Las instituciones educativas y sus sistemas de enseñanza acusan un retraso considerable en la adaptación a los nuevos conocimientos y a los nuevos métodos de aprendizaje. Si el sistema educativo determina una serie de elementos sociales, no es menos cierto que se encuentra condicionado por las características de la sociedad. En este sentido, tiene que enfrentarse a las múltiples y geométricas evoluciones. Las exigencias que emanan de los cambios de pensamientos, los descubrimientos científicos, nuevas tecnologías, la transformación permanente de su población escolar, el desarrollo de sistemas paralelos educógenos como son la televisión y la radio, constituyen apenas algunos factores en los cuales la institución educativa formal tiene dificultad de asimilación. Un ejemplo, que ocurre dentro de la misma institución, es el referido a la demora en la adopción de técnicas y ayudas pedagógicas. En la era del satélite, la escuela todavía sigue los patrones de la era del pizarrón y la tiza. Esto ni siquiera se asemeja a la planificación realista; es un afianzamiento del pasado.

La educación a distancia es, por ejemplo, un sistema tecnológico que puede acortar la brecha entre la producción científica y el recibo de ésta por parte del hombre (Escotet, 1980). Sería imposible que un sistema educativo formal basado únicamente en la interacción estudiante-profesor fuese capaz de diseminar conocimientos paralelamente a la vertiginosa generación de ciencia y tecnología. La educación a distancia es una forma de adaptación del proceso educativo a la tecnología presente y futura. Su rápido desarrollo en países más o menos pobres es esperanza de un nuevo perfil institucional educativo [1]. Somos defensores de este tipo de modalidad educativa, pero no por ello dejamos de ser críticos de su desarrollo y orientación.

Debe tenerse sumo cuidado con la educación a distancia, pues nada garantiza que una innovación de los procesos genere una innovación de los productos. Es decir, con medios y sistemas revolucionarios, podemos engendrar el más conservador de los hombres, reforzar aún más el concepto «desarrollista» y colonizador de la sociedad decadente.

La educación a distancia puede constituirse en un instrumento poderoso para ayudar a formar el nuevo hombre del siglo XXI, pero también puede llegar a ser el sistema que profundice el abismo que nos separa de la utopía. Con frecuencia hemos criticado el papel actual de muchos sistemas a distancia consistentes en generar información (casi siempre con menor eficacia que el sistema tradicional) y productor de hombres entrenados. Pero lo que el mundo requiere es un hombre educado. Un hombre capaz de comprender el dinámico mundo de su tiempo; un hombre capaz de

[1] Sobre este tema se puede consultar a Miguel A. Escotet. *Tendencias de la Educación Superior a Distancia.* San José: Editorial UNED, 1980; Luis M. Peñalver y Miguel A. Escotet (eds.): *Teoría y Praxis de la Universidad a Distancia.* Caracas. Edit. FEDES, 1981.

adaptarse a él y transformarlo (Escotet, 1976). El hombre entrenado que nos puede entregar la educación a distancia verá que lo que ella le enseñó se torna rápidamente obsoleto. Un hombre educado o formado desarrollará o creará nuevas habilidades cuando sea necesario.

Por ello, la educación a distancia debe enfatizar el componente formativo y creador de la educación, sin que esto implique dejar el componente instructivo; simplemente es atacar ambas variables. En la mayoría de los programas a distancia, al buscar uniformidad en contenidos y metodologías, se descuida o, a veces, se elimina, la capacidad de participación de la comunidad educativa en el aprendizaje. El sujeto se convierte de un simple receptor de información, más o menos sistematizada, aislado y con una relación vertical y dependiente del material instruccional. Pero el aprendizaje global requiere un proceso de participación como un derecho connatural al hombre y generado de su capacidad de transformador y recreador. De acuerdo con Freire (1973) el diálogo, como uno de los elementos de la participación, no consiste en que el educando reconstruya todos los pasos dados del saber científico, sino que lo que se pretende es la problematización del propio conocimiento en su relación con la realidad en la cual se genera y sobre la cual incide para comprenderla, explicarla y transformaria. Es preciso que discuta el significado de un hallazgo científico, la dimensión histórica y futura del saber, su inserción en el tiempo, su instrumentalización. El mejor alumno de Física, según Freire, no es el que mejor conoció y memorizó las fórmulas, sino el que percibió su razón. El mejor alumno de Filosofía no es el que diserta sobre Platón, Aristóteles, Russell o Hegel, sino el que piensa críticamente sobre todos ellos y corre el riesgo de pensar.

Esta participación o educación dialogante fue característica de la educación individualizada de otros siglos. No es nada nuevo: Platón, en sus diálogos, dejó patente su validez. Hoy día, por efectos de la masificación, el diálogo es sólo una intención. He ahí el reto de la educación a distancia: convertir la educación masificada en una educación dialogante, formativa, capaz de pensar en utopías y modificadora del curso de la historia.

Esta magnitud cuantitativa y cualitativa que confronta la educación se magnifica aún más si somos conscientes que una educación sistematizada a unos cuantos años de la vida del hombre no garantiza la conservación y desarrollo de la condición humana, ya que ésta reclama el perfeccionamiento constante de la humanidad. Por tanto, no es posible planificar la educación para cubrir veinticuatro o veintiséis años de la vida del hombre, posición de la planificación realista, sino que se debe intentar alcanzar un proceso educativo que sea permanente, en donde la denominada «comunidad educativa», que es toda la sociedad, se vea influida por un medio que tiene el sentido del aprendizaje a lo largo de la vida, capaz de adaptarse al futuro sin destruir para siempre estructuras y valores considerados esenciales para la sobrevivencia del hombre y su cultura.

La educación permanente como proceso formal y no formal, en contraste con la actual educación terminal, es una meta de la planificación utópica; es dar a la escuela y a la universidad una misión mucho más profunda que la simple transmisión de conocimientos; su misión consiste en enseñar a aprender, en preparar al hombre para

que después de dejar el sistema formal, siga aprendiendo; en dar al certificado o título su valor temporal, de cumplimiento de una pequeña etapa; en cambiar las estructuras de acreditación de la sociedad.

El aprendizaje del siglo XXI, si el mundo logra escapar de un holocausto, exigirá del sistema una mayor participación en su futuro. La generación de tecnologías hará que las formas de adquirir información sean cada vez más fáciles, asequibles y perfectas. El tiempo de jornada laboral será mucho menor, aumentando así la capacidad de ocio creativo y convirtiendo a la educación en un sistema cada vez menos jerárquico y más permanente a lo largo de la vida del hombre. El sistema educativo recobrará su auténtica misión que es la de servir al hombre, ayudándolo en su formación, en el aprendizaje de destrezas cognitivas, en la capacidad de reflexión, en el desarrollo de una conciencia crítica de la realidad, en la actitud cooperativa con sus iguales. La información dejará de ser prioridad en ese sistema, pues la misma podrá ser adquirida a través de otros medios institucionalizados o informales. La información y la formación trabajarán conjuntamente y no una a expensas de la otra.

El mundo no será de los especialistas, sino de aquellos que integren la especialidad con la generalidad, capaces de entender la educación orgánica, que no es sino lograr el equilibrio sin retardar el crecimiento y promover el crecimiento sin comprometer el equilibrio. Así lo señala Munford (1970), cuando en su trabajo sobre la *Realización del Hombre,* nos dice que:

> Nosotros hemos creado un orden industrial estrechamente vinculado con el automatismo, donde la debilidad mental, congénita o adquirida, es necesaria para la dócil productividad de las fábricas y donde una neurosis difundida es el regalo último de la vida insípida que resulta en último extremo. Nuestra vida está siempre gobernada por especialistas que saben muy poco de lo que ocurre fuera de su campo para comprender suficientemente lo que ocurre dentro. Hombres sin equilibrio, que de sus métodos han hecho una suerte de locura. Nuestra vida, como la medicina, se ha resentido por el destronamiento del médico general, capaz de vigilante selección, de valoración, de acción en relación al mismo tiempo con la salud del organismo y de la comunidad en su conjunto. ¿No sería tiempo ya de preguntarnos qué es lo que constituye por dentro un ser humano y con qué modificaciones en nuestra perspectiva lograremos crearlo?

Los principios en un plan utópico de educación

Señalamos anteriormente que los principios o políticas son el puente entre la realidad y la utopía. Las funciones para la determinación de políticas están dirigidas hacia la búsqueda y el establecimiento de nuevas normas que definan aquellos valores que serán más consonantes con el futuro deseado. Esto ocurre cuando el propósito de la acción planificadora es cambiar el sistema de valores de manera que pueda obtenerse la requerida consonancia con el ambiente y perspectivas. Las definiciones de este tipo de planeamiento normativo son derivadas de «valores» y se expresan en términos de «debe». Toda política educativa debe reflejar las opciones políticas de un país, sus tradiciones, valores y la concepción de su futuro.

En general, los valores generan principios y estos últimos ayudan a precisar las direcciones esenciales de las políticas. A su vez, las políticas requieren el apoyo de estrategias donde varias formas alternativas para obtener los objetivos deseables del plan maestro, son reducidas a aquellas metas que pueden ser alcanzadas dentro del rango de factibilidades envueltas en la asignación óptima de los recursos obtenibles. En esta secuencia de lo utópico a la realidad, de lo deseable a lo posible, de lo general a lo particular, *las estrategias* requieren *programas* que constituyen un nivel operacional que se ordena en términos de prioridades, acciones, tiempos, recursos, etc. En esta forma, el plan adquiere la coherencia y articulación necesarias para que los diversos programas y acciones contribuyan al logro continuo de los objetivos y metas, insertos en las estrategias y políticas, sin desviarse de la dirección utópica concebida. A su vez, la planificación utópica no puede circunscribirse a un ente burocrático, sino que debe ser participativa, pues es en la sociedad donde se gestan las ideas, se constatan los aciertos y errores y se ejecutan los planes.

En correspondencia con esta línea de pensamiento y si tuviéramos que aplicarlo a una sociedad democrática, en desarrollo y en proceso de cambio, se podrían visualizar varios principios o políticas educativas como guías esenciales para los programas y acciones del proceso educativo de un país [2].

En síntesis, podríamos derivar tres políticas fundamentales:

1. *Educación para la democracia.* Esta política tiene su base en el tipo de sociedad democrática, opuesta a cualquier tipo de totalitarismo, personalismo o involución de la participación. Se refiere, a su vez, en que todo miembro de la sociedad debe:

a) Recibir una formación como ciudadano democrático para una sociedad democrática.

b) Tener derecho efectivo a la educación básica considerada mínima, de modo tal que le permita realizarse plenamente como persona y como miembro participante de una sociedad presente y futura y en proceso acelerado de cambio.

c) Gozar de oportunidades reales para continuar su proceso de formación en el sistema educativo posobligatorio o básico de acuerdo con sus intereses, aptitudes y conocimientos, dando así sentido a la sociedad del aprendizaje permanente.

d) Recibir los beneficios que le permitan compensar posibles desventajas de origen social, cultural o económico.

e) Disponer de la posibilidad real de organizarse y participar activamente en las organizaciones de base de sus respectivas comunidades.

Con ello, no sólo se pretende democratizar la educación a través de la igualdad de oportunidades y de acceso, sino en hacer de todo miembro de la sociedad un auténtico demócrata, capaz de ejercer su libertad respetando la libertad de su congénere, no en competencia, sino en colaboración.

2. *Educación para la innovación.* El sistema educativo requiere necesariamente un impulso profundo en los procesos de cambios en todos los órdenes. Dichos cambios tienen que actuar en todas aquellas estructuras del sistema que inciden en el logro de

[2] Dichas políticas se basan en el análisis de la utopía, plasmadas en la versión preliminar al V Plan de la Nación del Sector Educativo de la República de Venezuela realizado por Miguel A. Escotet y que nunca llegó a ejecutarse.

la máxima capacidad de innovación, tanto en los sujetos participantes como en los procesos de gestión. De ahí que el sistema educativo tiene que estar orientado hacia el logro permanente de una vigorosa capacidad de innovación, transformación y creación de la sociedad. Esto es posible lograrlo si se orienta el sistema en tres dimensiones:

a) Transformación de la educación de élites en educación de masas, transformación que implica cambios en los métodos, estructuras, currículo, actitudes y patrones de prestigio.

b) Capacidad para incorporar al proceso educativo en forma permanente y adecuada a las condiciones sociales futuras, los avances y descubrimientos relativos a teorías, procesos y tecnologías.

c) Proporcionar a los miembros de la sociedad un tipo de educación centrada en el sujeto que aprende, relevante para sus condiciones, necesidades y aspiraciones y para los de la sociedad, que estimule su capacidad creativa y de generación de ciencia y tecnología.

Esto implica necesariamente la concepción de un hombre orientado hacia la innovación, aprendiz permanente capaz de adelantarse al futuro y a las exigencias que emanan de los cambios de pensamiento.

3. *Educación para el desarrollo autónomo.* El fin fundamental de esta política es orientar el desarrollo hacia el bienestar y el mejoramiento de la calidad de vida de la sociedad. Dentro de este propósito la orientación del sistema educativo debe estar al servicio del hombre y su medio, en forma tal, que le permita alcanzar, a través de la potencialidad creadora de la sociedad, la posibilidad de actuar eficazmente sobre su propio destino. Por tanto, esta política parte de un principio de que la educación no sólo atiende una demanda (posición desarrollista), sino que también la transforma en función de las metas de desarrollo deseable del hombre y su cultura. La contribución de la educación en la búsqueda del desarrollo autónomo se basa en las siguientes premisas:

a) Desarrollo del potencial científico y tecnológico del país, a través de la creación o potenciación de una estructura científica, tecnológica y administrativa propia que permita utilizar adecuadamente los recursos y su producción, a incrementar el conocimiento del hombre y proporcionar orientación y contexto al crecimiento económico.

b) Formación sólida del capital humano en las áreas prioritarias de necesidad nacional, entendiendo por áreas prioritarias no sólo las áreas de producción económica, sino las áreas relacionadas con los sistemas de valores, de decisión social, política y administrativa y sus correspondientes procesos de transformación.

c) Incremento del potencial de conocimiento y de transformación de valores que posee el sistema educativo mediante el soporte de los sectores de salud, recreación, nutrición y vivienda, como también de los sectores de la producción y la gestión.

d) Fomento, diversificación y desarrollo de las formas auténticas de expresión popular que determinan el afianzamiento de la manifestación cultural que identifica la nacionalidad.

e) Expansión de la educación nacional en el entorno internacional para que se

amplíe la capacidad de la sociedad a sobrevivir en la inevitable interdependencia de culturas y naciones sin pérdida de las señas de identidad.

Estas tres políticas fundamentales convergen en forma doble, por una parte se orientan a los fines de la sociedad deseable y, por la otra, se convierten en estrategias de la realidad para el cambio. Las tres se concretizan en la vieja aspiración del desarrollo del hombre como ente individual y colectivo. Pero no es suficiente con planificar el desarrollo nacional sin tener previstas las variables interventoras que puedan amenazar y aún destruir la transición hacia la utopía. Si bien todas las sociedades tienen una dinámica que se deriva de las condiciones propias de la vida de los hombres que las forman y de los objetivos señalados por ellos, a través de sus líderes, también es cierto que existen una serie de objetivos no previstos de carácter supranacional que son inherentes a las peculiaridades de los seres que forman la sociedad de naciones (Escotet, 1982). Los objetivos previstos pueden ser manipulados en los planes de desarrollo, pero los objetivos supranacionales son el resultado de las combinaciones sociales internacionales y también determinan la historia proyectiva de una sociedad en particular. Por tanto, el carácter histórico y futuro de un país proviene tanto de sí mismo como de los países que irremediablemente lo interaccionan.

Este carácter histórico es producto de la evolución cultural nacional e internacional. Los momentos sucesivos de esta evolución se fundan en el cambio mismo, sin que éste engendre necesariamente una crisis. El cambio que engendra una crisis es el que elimina un sistema de valores e introduce otro nuevo, como señaló Ortega y Gasset contraatacando la tesis de Spengler que preconizaba la decadencia de la cultura occidental. El cambio es la ley misma de la evolución, mientras la crisis es su ruptura. En definitiva, la crisis se produce por no estar preparados para el cambio. Es aquí donde radica el eje de acción de la planificación utópica en educación: formar al hombre para el cambio permanente y aun para la eventual crisis producto de la transición. Por lo demás, el cambio es algo inherente a todo el conjunto de culturas. Cualquier evolución importante en una cultura inmediatamente afecta al resto. La sociedad debe estar en capacidad de reducir la territorialidad sin menoscabo de la soberanía, perpetuar valores que se consideran esenciales para la cultura sin dejar de adentrarse al mundo del futuro y ser selectiva en el tiempo de cambios que la afectan.

Esto no significa incorporar valores externos indeseables a expensas de la eliminación de valores tradicionales deseables como de hecho está sucediendo. Por ejemplo, la situación actual de muchos países adquiere rasgos dramáticos al constatar que existen, al menos, dos culturas perfectamente definidas: por una parte, una cultura centrada en aquellos valores tradicionales que identifican las nacionalidades respectivas y, por otra parte, otra cultura que introduce valores de patrones culturales externos. El dramatismo se manifiesta cuando la sociedad relega a un plano secundario la cultura nacional y exalta y mantiene aquellos valores que caracterizan a la sociedad de consumo. Una respuesta coherente con el propósito esencial que anima al plan utópico tanto con el rescate de los valores sobre los cuales descansa la concepción del hombre implícita en el ideal más elevado de democracia social, como en la promoción de aquellos valores que dignifiquen el trasfondo humano y universal de la cultura

nacional, debe necesariamente abordar la problemática nacional en el contexto de sí misma y de la problemática internacional.

La sociedad debe entonces conocer el mundo que la rodea para así prevenir el etnocentrismo, que será una de las causas principales que definan el concepto de desarrollo en un futuro inmediato. Educar para el desarollo, para ese desarrollo utópico, es hacer del hombre no sólo un individuo sino situarlo en el contexto de una conciencia colectiva que lo lleve a un compromiso extraterritorial y extracultural: es decir, la humanidad como confluencia del proceso de perfeccionamiento individual.

Conclusión

Cualquier reflexión sobre el futuro nos conduce a un examen de la educación y, por tanto, al perfil del hombre deseable. Dicho perfil no puede ser visualizado en la planificación realista, comprometida con una sociedad que coloniza a sus miembros para que acepten posiciones dominadas y definidas por un grupo poderoso y sempiterno, ya sea político o económico. Las élites no pueden ser concebidas para su propia perpetuación, sino para la transformación jerárquica de la sociedad.

Esta perspectiva se inserta en la planificación utópica en búsqueda no de una sociedad igualitaria, puesto que ningún ser humano es igual al otro, sino una sociedad ricamente variada en donde el trabajo de uno no le da autoridad sobre la vida del otro, en donde el trabajo se haría para cada uno y no como en la tendencia desarrollista, donde se crea al hombre para un trabajo determinado.

Nuestro planteamiento utópico sitúa al objetivo deseable entre el futuro explorado o previsto y el inexplorado. De ahí que el modelo de planificación sugerido es más dinámico que estático, pues mientras más nos acercamos al objetivo más se observa la necesidad de una nueva señal de orientación. Nuestro concepto utópico se refiere a ir más allá de lo que la estructura de grupos sociales permite en el presente, pero como producto de ambas fuerzas; tanto de los que promueven un nuevo modelo de sociedad, como de los que quieren perpetuar el modelo actual. En esta forma, la trayectoria resultante de una estrategia utópica, a veces avanza hacia el objetivo deseable y otras veces retrocede o tiende a desviarse hacia la dirección sustentada por los grupos involucionistas. Estas fluctuaciones son previsibles en la planificación utópica a través del análisis del conflicto de estrategias opuestas, análisis que permite reorientar en forma permanente las estrategias, pues todas ellas, independientemente de las desviaciones transitorias, convergen a un solo parámetro: la concepción ideológica precisada por una estructura coherente de propósitos o políticas cuyo conjunto excede a la suma de sus partes.

La viabilidad dinámica de la planificación utópica consiste, por tanto, en establecer alternativas de trayectorias y previsión de las fluctuaciones con el objeto de controlar el proceso y dirección hacia el objetivo deseable. A su vez, las estrategias utópicas constituyen la exploración de opciones enfrentadas y de variantes de trayectorias para alcanzar las políticas y, en definitiva, el objetivo deseable, pudiendo así elegirse una trayectoria provisional que tenga en cuenta las estrategias opuestas. En síntesis, la

planificación utópica requiere de un análisis dialéctico, altamente relacionada con el curso de la historia, las fuerzas sociales que la impulsan y los cambios deseabless de desarrollo que se buscan.

La planificación realista del Estado-desarrollista o Estado-respuesta como señala Matus (1972) o tienen una dirección del desarrollo equivocada o carecen de dirección precisa. El exceso de pragmatismo o la demagogia de sus líderes imposibilita a la sociedad analizar gestálticamente el desarrollo en una trayectoria a largo plazo, sin desviaciones que profundicen más la dependencia y hagan irreversibles los anhelos por una óptima calidad de vida.

El mundo empobrecido es consciente de sus pocas alternativas de vida. El pesimismo del hombre potenciado por el mismo, al punto de crear armas para su total destrucción, sólo puede ser engendro de una grave enfermedad que nos aqueja. Uno de los responsables de dicha enfermedad es el sistema educativo y a él le corresponde por derecho y deber, curar a la humanidad de esta epidemia que amenaza su total extinción.

Iberoamérica, como comunidad de naciones entrelazadas por el carácter histórico que conjuga más valores que las unen de los que las separan, puede ser el auténtico protagonista de un cambio de dirección en el ámbito mundial. Aurelio Peccei, presidente del Club de Roma, percibe este protagonismo iberoamericano. Dice:

> Las llamadas grandes potencias, y en manera aún más acentuada las superpotencias, están preocupadas, sobre todo, en defender sus intereses inmediatos, y encerrándose en el estrecho marco de sus privilegios actuales esperan poder navegar con relativa tranquilidad hacia un futuro separado del de los otros países. Actuando de esta manera carecen, sin embargo, a mi juicio, de perspectiva de porvenir, puesto que en esta hora de interdependencias globales un alto nivel de solidaridad también global es condición esencial para la sobrevivencia misma.
>
> Al otro extremo del espectro se encuentran los países más pobres de la comunidad mundial. Sin embargo, no se puede contar con ellos para una iniciativa de inspiración universal. Se debaten, en efecto, en una situación tan difícil y están de tal manera acorralados por exigencias urgentes, que no pueden, ni queriéndolo, dedicar muchas energías ni a su propio porvenir, y mucho menos pensar en el de los demás.
>
> América Latina se encuentra en lo que puede considerarse como una posición de justo medio en el panorama mundial. No tiene fuerza suficiente como para caer en la tentación de imponer su filosofía o su estilo al mundo; y, por otra parte, ha demostrado que no está dispuesta a aceptar imposiciones ajenas a su espíritu o a sus motivaciones culturales, sociales y políticas. América Latina tiene otras ventajas. En su conjunto no es ni tan desarrollada como para estar cautiva de una civilización esencialmente materialista, ni tan subdesarrollada como para no poderle dedicar a una empresa de envergadura planetaria un caudal importante de energías morales, intelectuales y políticas.
>
> Por encima de sus diversidades de clima, condiciones ambientales, instituciones y tendencias, tiene, además, una fisonomía histórico-cultural unificadora superior a la de otros continentes. Esta riqueza de valores y tradiciones comunes al ámbito latinoamericano puede obviar parte de sus deficiencias estructurales y gerenciales que, por el contrario, prevalecen cuando cada una de sus naciones piensa en sí misma o se presenta aisladamente en las instancias internacionales.
>
> El continente latinoamericano posee, finalmente, un elemento más que puede ser precioso en la búsqueda de los caminos más oportunos hacia un porvenir mejor, es

decir: una disponibilidad relativamente grande de recursos humanos. Particularmente notables son la preparación de muchos de sus jóvenes y el hecho de que ellos son, además, portadores de fermentos innovadores de fuerte inspiración humana.

América Latina tiene, por consiguiente, una variedad de condiciones para jugar un papel importante en la reorientación de la sociedad contemporánea con respecto a su futuro.

En necesario, por tanto, participar en la urgente búsqueda del destino individual y colectivo. ¿Puede renunciar un hombre a decidir sobre su propio destino? Hacerlo sería renunciar a su calidad de hombre y delegar indefinidamente tal propósito sería una situación similar a la renuncia de su propia naturaleza. Esta tarea comprometedora, singular y necesaria no puede detenerse ante los pesimistas, los involucionistas o los incrédulos. Posiblemente no existan en el momento actual todos los instrumentos de transformación, ni todas las respuestas a la serie de problemas que conllevan la planificación utópica. Pero de algo estamos seguros, de la necesidad inmediata de emprender la tarea, de que hay una dirección que nos remonta al sueño pragmático, que orienta nuestro pensamiento y da sentido a nuestra metodología, que nos perfila en el nuevo siglo una esperanza. Y robándole a la poesía, expresión creativa del hombre, vilipendiada por la tecnocracia que no valora la estética como legítima expresión del quehacer filosófico, recogemos la estrofa de un gran poeta de Iberoamérica, el venezolano Andrés Eloy Blanco, quien señalaba que «la renuncia es el viaje de regreso del sueño». Jamás renunciaremos a soñar que el hombre merece algo mejor que la realidad presente. Nuestro ideal de planificación es el de mantener los pies en la tierra y la cabeza en las nubes. La utopía es una lejanía de proximidad. La utopía es la antirrenuncia.

MIGUEL ANGEL ESCOTET
Oficina de Educación Iberoamericana
Ciudad Universitaria
MADRID-3